

EL ROL DEL TERRITORIO PARA UNA RACIONALIDAD POLÍTICA GLOBAL. DE LA CAPTURA DEL ESTADO-NACIÓN A LA INTEGRACIÓN DE LA SUBJETIVIDAD¹

*The role of territory for a global political rationality.
From the capture of the National State to the integration of subjectivity*

Claudio Celis²

Resumen

El presente documento tiene como objetivo central aplicar la metodología expuesta por Michel Foucault en sus cursos del año '78 y '79 al discurso de David Harvey sobre la globalización, en particular a su teoría del *desarrollo geográfico desigual*. Desde allí pregunta por una posible racionalidad política global, recurriendo a las nociones de *desterritorialización* y *reterritorialización* que Gilles Deleuze y Félix Guattari construyen en *El Anti-Edipo* para plantear su hipótesis central: en la era de la globalización, los procesos desterritorializantes del capital provocan la escisión entre *territorio* y *Estado-nación* y encuentran en la subjetividad una nueva "geografía" para ejercer sus necesarios procesos de *reterritorialización*.

Palabras claves: Harvey, Foucault, Deleuze, Guattari, Marx, capitalismo mundial integrado, globalización, desterritorialización, reterritorialización, racionalidad política global, subjetividad.

Abstract

The objective of this text is to apply the methodology constructed by Michel Foucault in his '78 and '79 lectures to David Harvey's discourse on globalization, mainly to his theory of *uneven geographical development*. The idea is to reflect upon the existence or not of a *global political rationality*. I will use Deleuze and Guattari's notions of *deterritorialization* and *reterritorialization* in order to pose the main hypothesis: in the age of globalization, the deterritorializing processes of capital provoke the split between the National State and the territory, finding in subjectivity the new "geography" where the processes of *reterritorialization* take place.

Keywords: Harvey, Foucault, Deleuze, Guattari, Marx, integrated world capitalism, globalization, deterritorialization, reterritorialization, global political rationality, subjectivity.

¹ Este texto fue desarrollado en el marco del seminario "Comunidad y globalización" dictado por el profesor Ricardo Camargo el primer semestre de 2011 en el Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales. Este seminario tenía como propósito aplicar la metodología desarrollada por Michel Foucault en los cursos del '78 y '79 a los discursos dominantes acerca de la globalización. Este texto es el resultado del trabajo realizado al interior de este seminario, acotando la aplicación de la metodología foucaultiana al "análisis geográfico" de David Harvey.

² Académico e investigador de la Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño de la Universidad Diego Portales. Magíster y licenciado en Teoría e Historia del Arte de la Universidad de Chile. Magíster (c) en Pensamiento Contemporáneo del Instituto de Humanidades de la Universidad Diego Portales.

I. Introducción

David Held, en su libro publicado el año 1999, *Transformaciones globales*, sistematiza las principales teorías acerca de la globalización, agrupándolas bajo tres grandes bloques: la *tesis hiperglobalista* que proclama que habitamos en una era global radicalmente nueva, la *tesis escéptica* que niega la novedad de la globalización, remontando la “internacionalización” del mercado actual al siglo XIX y, por último, la *tesis transformacionalista* que propone que hoy existen niveles sin precedentes históricos de interconexión global (Held, 1999: XLI).

En el presente texto me concentraré en la tesis escéptica, particularmente en la obra de David Harvey y en la importancia del espacio y de la geografía que en ella se postula. Mi objetivo es interrogar esta tesis desde la óptica delimitada por Michel Foucault en sus cursos en el Collège de France entre los años 1978 y 1979 (*Seguridad, territorio, población y Nacimiento de la biopolítica*, respectivamente). En el primero de dichos cursos, Foucault se propone investigar los orígenes de esa nueva *racionalidad política* surgida a partir del siglo XVIII y que se conoce como “liberalismo”. En el segundo curso mencionado, Foucault continúa dicha investigación, desplazándose hacia la racionalidad política *neoliberal* del siglo XX y hacia el vínculo que esta posee con lo que él mismo, ya el año '76, había definido como “biopolítica”. Utilizaré el marco metodológico instalado por Foucault para interrogar y *deconstruir* la teoría escéptica de David Harvey acerca de la globalización. Para ello será necesario, primero, exponer las características principales de su pensamiento en torno al fenómeno espacial en la era actual y su relación con los procesos de producción y reproducción capitalistas. Desde allí será posible interpretar qué tipo de racionalidad política es exigida por el nuevo estado de cosas: ¿es simplemente una continuación de la racionalidad neoliberal o hemos ingresado a un nuevo estadio que introduce nuevas exigencias al poder, es decir, que exige una racionalidad política global?

Esta interpretación me llevará a identificar una doble lógica en el capitalismo: la *lógica abstracta* que tiende hacia la desmaterialización, y la *lógica territorial* que exige de una permanente reterritorialización de los códigos abstractos del capital con el fin de asegurar la reproducción de la plusvalía. Esta doble lógica me permitirá recurrir a los conceptos de *desterritorialización* y *reterritorialización* expuestos en el libro *El Anti-Edipo* de Gilles Deleuze y Félix Guattari, y que definen, según estos autores, los dos rasgos centrales del capitalismo. Desde aquí podremos pensar el rol que la *subjetividad* (en cuanto territorio) juega al interior de esta nueva racionalidad política global.

II. La tesis escéptica

Antes de ingresar a la teoría de David Harvey, revisemos brevemente cuáles son para Held las características centrales de lo que él denomina *tesis escépticas*, dentro de las cuales podemos clasificar al primero. Las tesis escépticas, plantea Held, se caracterizan principalmente por concebir la interdependencia económica actual no como un fenómeno radicalmente novedoso, sino asumiendo que este posee un referente histórico concreto: la era

dorada del imperialismo que se extiende desde el siglo XIX hasta 1914. En este sentido, más que de “globalización”, en el mejor de los casos, se puede hablar de un “incremento de los niveles de internacionalización”, es decir, de una mayor interacción entre economías nacionales (Held, 1999: XXXV). Las teorías escépticas, dice Held, se basan en una concepción “economicista” de los fenómenos sociales, cuestión que lo lleva a plantear que la globalización es un “mito”: el grado de “globalización” actual es “exagerado” y “subestima el poder persistente de los gobiernos nacionales para regular la actividad económica internacional” (Held, 1999: XXXV). Por el contrario, proponen los escépticos, la economía actual se está “regionalizando”, regionalización que no representa un nuevo orden mundial en el cual el Estado pierda terreno, sino una “internacionalización” de la economía cuyo soporte principal sigue siendo el intercambio entre *Estados nacionales*. En términos históricos, la internacionalización actual sería el producto del orden económico unilateral iniciado por Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial para liberar las economías nacionales. Esto inauguraría, para estos pensadores, una nueva fase del imperialismo colonial en la cual se agudiza la brecha entre norte y sur, entre primer y tercer mundo.

La tesis escéptica no concuerda con que esta internacionalización esté produciendo una transformación real de las relaciones económicas globales; por el contrario, considera que mantiene las estructuras jerárquicas tradicionales del poder económico:

La tesis escéptica descarta en términos generales la idea de que la internacionalización está produciendo una reestructuración profunda, o incluso significativa, de las relaciones económicas globales. A este respecto, la posición escéptica es un reconocimiento de las pautas profundamente arraigadas de la desigualdad y la jerarquía en la economía mundial, que en términos estructurales solo ha cambiado marginalmente a lo largo del último siglo (Held, 1999: XXXVI).

Por su parte, el resurgimiento actual de los nacionalismos y los fundamentalismos –los cuales son interpretados como síntoma de nuevos conflictos culturales globales–, es concebido por los escépticos como una respuesta a la profundización de la desigualdad económica y de las estructuras tradicionales de dominación. Desde aquí los escépticos concluyen que la “homogeneización cultural” de la globalización es otro mito más y, más aún, que la intensificación de la desigualdad global refuta toda esperanza de un “gobierno global”. Dice Held: “Gobierno global e internacionalización económica son dos proyectos occidentales cuyo único objetivo es mantener la primacía de occidente en los negocios mundiales”, y luego resume que “los escépticos tratan de desenmascarar los mitos que respaldan la tesis de la globalización” (Held, 1999: XXXVII).

El trabajo de David Harvey en torno al capitalismo actual se inscribe dentro de esta categoría “escéptica” descrita por Held principalmente por la inclinación economicista de sus análisis y por la importancia que sigue otorgando al Estado-nación como territorio de regulación del mercado global. Al alero de estos

principios, Harvey abogará por una reivindicación de la importancia del espacio y de la geografía para cualquier análisis de los fenómenos “globales” actuales.

III. David Harvey y la importancia del espacio

En *La condición de la posmodernidad*, Harvey propone que el capitalismo actual puede ser definido por el paso desde el modelo de producción “fordista” a lo que se ha tendido a denominar “acumulación flexible” o “posfordismo”. En el capítulo tercero de dicho libro, Harvey sostiene el argumento de que este pasaje entre el modelo “fordista” y el modelo “posfordista” de producción produce transformaciones concretas en nuestra experiencia espacio-temporal (Harvey, 2004: 314). Algunas de las características de esta modificación son: la aceleración en los procesos de producción, distribución y consumo de las mercancías (Harvey, 2004: 315), la “compresión de la experiencia espacio-temporal” y la “aniquilación del espacio por parte del tiempo” (Harvey, 2004: 331).

Estas transformaciones en nuestra experiencia espacio-temporal llevan a Harvey a plantear la importancia del problema “geográfico” del capitalismo: mucho se tiende a pensar sobre la relación entre tiempo y capitalismo, argumenta este autor, dejando de lado casi sistemáticamente las reflexiones espaciales y geográficas. Para Harvey, en el contexto de internacionalización económica actual, cada territorio vive un doble proceso: por un lado, existen cada vez menos barreras para la circulación global de las mercancías (lo cual es posibilitado por la división internacional del trabajo, la reducción de los impuestos de aduana, los menores costos de transporte, etc.) y, por otro lado, dada esta conexión geográfica cada vez mayor, más debe distinguirse cada territorio para explotar su singularidad (Harvey, 2004: 327).

En otro de sus libros, *El enigma del capital*, Harvey continúa desarrollando la tesis según la cual la “geografía” es un elemento central para cualquier comprensión del capitalismo. Esto se debe, por un lado, a que solo hay explotación y acumulación capitalista en un territorio concreto y, por el otro, a que el propio capitalismo modifica los territorios sobre los que opera (Harvey, 2010: 143). El autor utiliza el ejemplo del crecimiento demográfico: por un lado este crecimiento modifica el territorio, por el otro, posibilita la reproducción del capital (más mano de obra, mercados más amplios, etc.). En resumen, la gente para vivir, trabajar y consumir debe habitar un territorio concreto, el cual a su vez es modificado por la actividad económica que sobre él se ejerce (Harvey, 2010: 146). Dada esta insistencia en la “geografía del capital”, Harvey compara el movimiento económico mundial con un mapa climático: en un principio se presenta como caótico, nos dice, pero poco a poco podemos establecer patrones de reconocimiento, patrones que luego hacen posible que hagamos proyecciones a largo plazo. Cualquier análisis de los movimientos económicos globales exige de algo así como un “geógrafo económico” (Harvey, 2010: 153-4).

El análisis que hace Harvey del capitalismo rescata el rol central del espacio y del territorio –de la “geografía en general”– para la comprensión de los fenómenos económicos globales. Con ello arribamos a la oposición central que

me interesa rescatar de sus planteamientos: el capitalismo contemporáneo se sostiene sobre dos principios en tensión que son propios del “capitalismo clásico”, pero que actualmente alcanzan un grado inédito de desarrollo y por ello determinan fuertemente los procesos sociales globales. Denominaré estos dos principios “principio o lógica del capital” y “principio o lógica territorial”. Según el primero, el capital tiende a la superación de todo obstáculo y barrera territorial: “El capital, escribió Marx en los *Grundrisse*, debe esforzarse por derrumbar toda barrera espacial para el intercambio, conquistando así la totalidad del planeta como su mercado. Debe además, esforzarse por *aniquilar el espacio a través del tiempo*” (Harvey, 2010: 155). Ya veremos en detalle la extensión de este primer principio. Mencionemos antes el segundo principio, el cual se encuentra aparentemente en directa tensión con el primero: la reproducción del capital requiere de procesos de producción, circulación y consumo que solo pueden ocurrir en un territorio concreto:

La producción implica la concentración geográfica del dinero, de medios de producción y de fuerza de trabajo (contenidos en mercados de trabajo localizables). Estos son reunidos en un lugar particular donde nuevas mercancías son producidas. Estas son despachadas al mercado para ser vendidas y consumidas en otro lugar. La cercanía con los medios de producción (incluidos los recursos naturales), la fuerza de trabajo y el mercado de consumidores baja los costos y aumenta la ganancia (Harvey, 2010: 159).

Para Harvey, como hemos mencionado, la consideración geográfica y espacial es central para cualquier reflexión acerca del capitalismo (Harvey, 2010: 183). Hoy en día, cuando se habla tanto de globalización y de transformaciones espacio-temporales, es fundamental tener presente esta consideración geográfica, lo que exige, además, considerar la dialéctica central que trae aparejada entre la *lógica abstracta* y “desterritorializante” del flujo de capital y la *lógica territorial* de la producción y acumulación capitalista. Esta dialéctica constituye el núcleo de la teoría que aquí nos interesa: la teoría del “desarrollo geográfico desigual”. Será a la luz de esta, que profundizaremos en el análisis de los dos principios que la constituyen.

IV. David Harvey y la teoría del desarrollo geográfico desigual

En el texto “Notas para una teoría del desarrollo geográfico desigual”, Harvey comienza por reconocer que “la extrema volatilidad del capitalismo actual” exige de una “profundización de la *teoría del desarrollo geográfico desigual*” (Harvey, 2006: 71). Según Harvey, ya habría cuatro maneras de pensar la superposición entre capitalismo y desarrollo desigual. a) interpretación “historicista”: occidente es y ha sido el motor del desarrollo capitalista, por lo que el desarrollo desigual se produce por la incapacidad de los otros países para “estar a su altura”; b) teoría “constructivista”: el capitalismo requiere de la explotación de áreas sub-desarrolladas, por lo que debe reproducir el desarrollo

desigual; c) explicación “ambientalista”: el desarrollo desigual depende de condiciones ambientales (entornos más o menos proclives a la explotación); y d) interpretación “geopolítica”: el desarrollo desigual es el producto de la lucha política y social entre los diferentes territorios.

Harvey tomará elementos de estas cuatro interpretaciones para intentar forjar una noción que él mismo define como “relacional” de la *teoría del desarrollo desigual*. Me concentraré principalmente en la tesis de que la acumulación capitalista exige de un espacio concreto, espacio que a la vez es modificado por los procesos capitalistas. Luego revisaré, a la luz de la metodología foucaultiana desplegada en los cursos del ‘78 y ‘79, qué tipo de “racionalidad política” es gatillada por esta nueva “geografía”.

Antes de exponer el argumento de Harvey, recalcaré lo que él mismo identifica como sus dos presupuestos teóricos. En primer lugar, Harvey insiste en la relación marxista y dialéctica entre el individuo y la totalidad social: para Marx, el trabajo individual y concreto de cada obrero no puede ser reducido a la categoría general de trabajo abstracto, sino que depende de una relación dialéctica entre ambos (Harvey, 2006: 76). El segundo punto es suponerle al espacio un rol activo: el espacio es producido y modificado por la actividad productiva que, a su vez, es transformada por este. El espacio no es la mera consecuencia de determinados modos de producción, “sino una entidad producida activamente y como un movimiento activo al interior del proceso social” (Harvey, 2006: 77). Ambos presupuestos teóricos implican una insistencia en la metodología dialéctica marxista.

David Harvey propone que la actividad capitalista “está siempre arraigada en un territorio concreto”, y que este territorio determina la actividad capitalista en la misma medida en que es determinado por el desarrollo de dicha actividad. Para sostener este argumento, Harvey recurre a la oposición entre naturaleza e historia en Marx: “Toda modificación de la naturaleza es también una modificación de nosotros mismos”, dirá Harvey y, citando a Marx: “La antítesis entre naturaleza e historia surge solo cuando la relación del hombre con la naturaleza es excluida de la historia” (Harvey, 2006: 88).

Llegamos así al centro del argumento: “La acumulación de capital ocurre siempre en un espacio y en un tiempo específicos” (Harvey, 2006: 95). Para Harvey, este argumento asume siete características inherentes al capital: a) que la actividad capitalista es siempre expansiva; b) que el crecimiento económico se sostiene sobre la explotación del trabajo; c) que la lucha de clases es propia del sistema (endémica), pero no representa una amenaza real a su estabilidad; d) que el progreso técnico es considerado un *valor en sí*; e) que el sistema es en sí mismo contradictorio e inherentemente inestable; f) que por este motivo las crisis son inevitables al interior del capitalismo y no dependen de casusas externas; y, por último, g) que si la plusvalía no es absorbida por la producción, entonces esta generará devaluación.

A partir de estos siete rasgos esenciales del modo de producción capitalista, Harvey propone la *teoría del desarrollo geográfico desigual*. En primer lugar, para desarrollar el vínculo entre estas siete características del capitalismo y su condición geográfica, Harvey postula que la acumulación capitalista depende del *intercambio*, el cual a su vez depende del desarrollo de los medios de transporte. Debido al carácter expansivo del capitalismo, nunca se logrará un

equilibrio entre medios de transporte e intercambio, por lo cual el desarrollo de estos últimos, de su infraestructura y de su acceso jugará siempre un rol fundamental para el *desarrollo geográfico desigual* (Harvey, 2006: 96-7). En segundo lugar, dado que la competitividad del mercado “exige de la permanente renovación técnica y organizacional del proceso productivo”, Harvey propone que el capitalismo encuentra, en la “división internacional del trabajo”, un nuevo territorio para aumentar la competitividad productiva. Esto se debe a que esta, al introducir, por un lado, mano de obra más barata permite reducir los costos de producción, mientras, por el otro, amplía los mercados aumentando la demanda y con ello la ganancia. Para Harvey, la “nueva división internacional del trabajo incrementa la brecha entre ricos y pobres, es decir, genera *desarrollo geográfico desigual*” (Harvey, 2006: 98). En tercer lugar, el desarrollo geográfico desigual fomenta la acumulación monopólica (arraigada en el corazón mismo del modo de producción capitalista). Mientras la falta de acceso o altos costos del transporte producía “monopolios locales”, su mayor accesibilidad y reducción de obstáculos (impuestos, altos precios, riesgos, etc.) promueven los “monopolios globales”, las patentes intelectuales restringen, por su parte, el acceso a los progresos tecnológicos, privilegiando aún más la acumulación monopólica (Harvey, 2006: 99).

Estos tres puntos tienen como consecuencia lo que Marx llamó: “La aniquilación del espacio por el tiempo”. La condición abstracta del capital puede ser definida por su calidad de *equivalente general de tiempo social de producción coagulado*. En este sentido, el capital, en tanto entidad abstracta, puede ser traducido en cualquier mercancía y utilizado para comprar nuevo *tiempo social de producción*. La condición espacial, geográfica y concreta es “aniquilada” por el carácter abstracto y *desterritorializado* del capital en cuanto “tiempo coagulado”.

Sin embargo, propone Harvey, esta lógica abstracta del capital flexible no puede existir sin su correlato “territorial”. Por ejemplo, mientras los mercados se expanden gracias a la mejora del transporte y de las comunicaciones, esta expansión no elimina la brecha territorial a nivel mundial, sino que la exacerba y profundiza ya que explota las diferencias espaciales gracias a la movilidad y flexibilidad del capital. Más aún, el capitalismo requiere de un capital fijo: requiere de infraestructura física ubicada en un territorio concreto. Así, puertos, aeropuertos y carreteras son condición necesaria para la movilidad de las mercancías a través de territorios concretos. De este modo, “la aniquilación del espacio a través del tiempo” produce una transformación en la escala de la producción, del consumo y de la acumulación. La división global del trabajo, el progreso técnico y los cambios en la organización productiva modifican, junto al territorio, también su escala. El estado contemporáneo del capitalismo, propone Harvey, es la consecuencia de esta modificación de escala de las lógicas capitalistas clásicas.

Esta lógica capitalista ha exigido desde sus orígenes una administración territorial: el triunfo del capitalismo en la modernidad se debió en gran medida a la captura del Estado por parte de la burguesía —lo que le permitía asegurar sus intereses de clase—. En el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels argumentan que la burguesía, “una vez implantada la *gran industria* y abiertos los cauces del *mercado mundial*, conquista la hegemonía política y crea el moderno Estado

representativo. Hoy, el poder público viene a ser, pura y simplemente, el Consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa" (Marx y Engels, 2005).

Para el capitalismo, por muy flexible y abstracto que sea el capital, el Estado sigue siendo la entidad política donde se juega la lucha de clases. Para Harvey, es necesario proponer una "geopolítica del capitalismo" que haga visible la oposición entre los dos principios que lo constituyen: la condición abstracta y desterritorializada del capital flexible por un lado, y el territorio concreto donde se gesta la lucha de clases (expropiación del trabajo y acumulación capitalista), por el otro. Esta dialéctica entre la lógica territorial y la lógica capitalista debe estar a la base de cualquier teoría del *desarrollo geográfico desigual* y de cualquier reflexión acerca de la racionalidad política que el nuevo orden económico requiere o parece requerir.

V. ¿Hacia una racionalidad política globalizada?

A continuación pondré a prueba el discurso escéptico de Harvey a la luz de la metodología construida por Michel Foucault en sus cursos de los años '78 y '79. El objetivo es pensar qué tipo de racionalidad política estaría implícita en el discurso de Harvey respecto de nuestro contexto actual ¿Qué racionalidad política corresponde a este contexto de "acumulación capitalista flexible" en la que, sin embargo, el rol del *Estado-nación* sigue siendo central?

Antes de trazar las líneas de reflexión en torno a estas preguntas es necesario hacer una observación acerca de la propia teoría escéptica de Harvey: esta teoría, si bien pretende negar el carácter singular de la globalización, hace del objeto central de su reflexión el rol del *territorio* y del *espacio* al interior de una era de internacionalización económica. Por esta razón, no obstante su resistencia a relevar la importancia de la globalización, los análisis de Harvey permiten reflexionar acerca del lugar que tanto el territorio como el espacio ocupan al interior de una supuesta "racionalidad política global". Por ello, me concentraré en el vínculo entre espacio y racionalidad política globalizada y en la tensión entre la lógica expansiva y flexible del capital y la lógica territorial, necesarias ambas para la reproducción del régimen capitalista.

La importancia del territorio expuesta por Harvey encuentra en la obra de Michel Foucault un correlato considerable. En una entrevista del año '76 ("Preguntas a Michel Foucault sobre la geografía"), Foucault concluye que el análisis del espacio, de la geografía y del territorio es fundamental para cualquier *genealogía del poder* (Foucault, 1999: 326). La filosofía, plantea Foucault, tiende a menospreciar la importancia del espacio para sus reflexiones conceptuales: actúa como si el tiempo fuese el lugar del cambio, de la actividad, de lo vivo, y el espacio de lo "muerto, fijado, lo no dialéctico, lo inmóvil" (Foucault, 1999: 320). Pero Foucault cree exactamente lo contrario: quien únicamente plantee el análisis de los discursos de poder en términos temporales "se ve necesariamente abocado a analizarlos y a considerarlos como la transformación interna de una conciencia individual, construyendo algo así como una gran conciencia colectiva en la cual ocurren las cosas" (Foucault, 1999: 319). De allí la importancia de recurrir a "metáforas espaciales" que permitan

“captar con precisión los puntos en que los discursos se transforman en, a través de, y a partir de las relaciones de poder” (Foucault, 1999: 319). Dado que los análisis genealógicos del poder llevados a cabo por Foucault se concentran en la relación entre *saber y poder*, y considerando que esta relación ocurre siempre en un territorio determinado, queda clara la importancia de estas *metáforas espaciales*. Foucault define la noción de *territorio* como “una noción geográfica y una noción jurídico-política: es lo que controla un cierto tipo de poder” (Foucault, 1999: 318). Ya desde esta primera acotación podemos establecer un diálogo entre Foucault y Harvey respecto a la importancia de la geografía para cualquier análisis del poder y por ende de una racionalidad política determinada. En ambos casos el territorio constituye el lugar de una pugna: relación saber-poder en un caso, relaciones de producción en el otro.

Un par de años más tarde, en su curso del año '79, Foucault enfoca su genealogía del poder en los discursos que dan cuenta de la racionalidad política liberal y neoliberal. En este curso, Foucault enuncia el problema central de estas nuevas *gubernamentalidades* del siguiente modo: “¿Cuál es el valor de utilidad del gobierno y de todas sus acciones en una sociedad donde lo que determina el verdadero valor de las cosas es el intercambio?” (Foucault, 2007: 67). Existe una aparente paradoja en la racionalidad liberal: ¿cómo limitar su propio poder para extraer el máximo beneficio del mercado? Lo que aquí me interesa es aplicar este marco general al caso puntual de David Harvey y en particular a la importancia que el territorio ocupa para su teoría del *desarrollo geográfico desigual*.

En términos generales, la hipótesis de Harvey que hemos expuesto puede ser resumida del siguiente modo: en el estado actual de “internacionalización del mercado”, se hace explícita la oposición entre la *lógica territorial* y la *lógica abstracta* que determina la estructura interna del capital. El capitalismo requiere, por un lado, de la lógica del territorio como lugar concreto de la lucha de clases y de la acumulación de capital y, por el otro, de una lógica siempre expansiva. Ante esto, Harvey parece plantear de modo bastante rotundo que “el capitalismo exige la administración territorial: el Estado es capturado por la burguesía para asegurar sus intereses de clase. El Estado es la entidad política donde se juega la lucha de clases” (Harvey, 2006: 106).

Tenemos aquí una primera pista para interpretar la racionalidad política implícita en el nuevo contexto global: la importancia del Estado-nación para el resguardo de las prácticas territoriales de expansión capitalista pareciese exigir de una racionalidad política similar a la del neoliberalismo analizado por Michel Foucault, es decir, de una serie de prácticas gubernamentales que, sin intervenir directamente en el mercado, aseguran sus condiciones de posibilidad. Para Foucault, el rol del Estado no se ejerce “en contra la economía de mercado ni está a contrapelo de esta sino que actúa como condición histórica y social de posibilidad de una economía de mercado” (Foucault, 2007: 190). La racionalidad neoliberal apunta hacia un Estado capaz de asegurar, al interior de un territorio, las mejores condiciones para la *libre competencia* (y con ello las de la expropiación de la plusvalía y la reproducción del capital). En la tesis de David Harvey, el Estado continúa jugando un rol central en la internacionalización del mercado que define a nuestra era “global”. Para la lógica territorial del

capitalismo actual, la gubernamentalidad neoliberal pareciese seguir siendo la racionalidad política más adecuada.

Pero esta primera lógica se enfrenta a una segunda lógica, la lógica abstracta del capital, con su tendencia a la expansión infinita y su progresiva *desterritorialización*. Para Marx, como bien reconoce Harvey, esta lógica del capital se caracteriza por su *flexibilidad*: debido al carácter esencialmente abstracto de toda mercancía (y en especial de la mercancía de mercancías, el dinero), el capitalismo puede traducirlo todo a un régimen de *equivalencia general*. Esta desmaterialización progresiva permite al capitalismo satisfacer su tendencia de expansión infinita, rompiendo con toda barrera y todo obstáculo territorial en pro de su *circulación*.

En el curso *Seguridad, territorio, población*, Foucault escribe respecto de los dispositivos de gubernamentalidad que surgen en el siglo XVIII que

el soberano del territorio se habría convertido en el arquitecto del espacio, disciplinado, pero también y casi al mismo tiempo en regulador de un medio en el cual no se trata tanto de fijar los límites y las fronteras o de determinar emplazamientos como, sobre todo y esencialmente, de permitir, garantizar, asegurar distintos tipos de circulación: de la gente, de las mercancías, etc. (Foucault, 2009: 45).

Luego, casi al final de dicho curso, Foucault repetirá esta hipótesis respecto de la relación entre los dispositivos policiales y el mercado: “En síntesis, se trata de todo el problema del intercambio, la fabricación, la distribución y la puesta en circulación de las mercancías. Coexistencia de los hombres, circulación de las mercancías: habría que completar el cuadro hablando de circulación de los hombres y las mercancías unos con respecto a otros” (Foucault, 2009:383).

En este sentido, y siguiendo a Foucault, podemos plantear que una “racionalidad política global”, respecto del espacio y del territorio, debe asegurar la *circulación*: debe establecer las bases para facilitar la circulación de los hombres y de las mercancías, y como bien dice Foucault, “de los hombres y las mercancías unos con respecto de otros” (Foucault, 2009:383). Pero como mencionamos en el primer punto, esta *lógica de la circulación* debe ir acompañada de una *lógica territorial* que asegure la reproducción del sistema capitalista a través de la acumulación de capital. Nuevamente nos encontramos con la oposición entre la circulación de flujos y la territorialización.

En términos de racionalidad política, la pregunta debe concentrarse en el tipo de subjetividad que el choque entre estas dos lógicas exige o plantea. En el curso del año 1979 Foucault dirá, en relación al neoliberalismo norteamericano y al tipo de sujeto (homo oeconomicus o empresario de sí mismo) que este régimen propugna, lo siguiente: “Descompuesto desde la perspectiva del trabajador en términos económicos, el trabajo comporta un capital, es decir, una aptitud, una idoneidad, como suelen decir, es una máquina. Y por otro lado es un ingreso, vale decir, un salario, o mejor, un conjunto de salarios; como ellos acostumbran decir, un flujo de salarios” (Foucault, 2006: 262-3).

Lo que está en juego entonces es la relación entre *máquina* y *flujo*, entre el sujeto del capitalismo global como máquina y el dinero como flujo abstracto que

la hace funcionar. Al plantear estas nociones, Foucault pareciera remitirnos a las nociones de *desterritorialización* y *reterritorialización* forjadas por Deleuze y Guattari en su libro de 1972 *El Anti-Edipo*³. En este libro, la definición del capitalismo pasa precisamente por su capacidad de abstracción (descodificación de los flujos): la lógica capitalista, a diferencia de la lógica territorial, se caracteriza por la condición abstracta de sus códigos. Esta lógica que, como dirá Harvey, se encuentra ya expuesta en los *Grundrisse* de Marx, adquiere en el capitalismo actual un estatuto global, definiendo lo que Deleuze y Guattari llaman *desterritorialización*. Sin embargo, como plantearán estos autores, el capitalismo no podría reproducirse sin un proceso de *reterritorialización* de estos flujos que asegure la acumulación capitalista y por ende el *desarrollo geográfico desigual*. Esta *reterritorialización* asegura en última instancia la reproducción del “orden de la propiedad” necesario para la explotación capitalista (expropiación de la plusvalía).

Hasta aquí podemos acotar que una “racionalidad política global” debe necesariamente, en términos de David Harvey, concentrarse en la tensión dialéctica entre la tendencia capitalista a la infinita expansión (y a su abstracción en cuanto “acumulación flexible”) y a la necesidad de un *Estado-nación* como territorio concreto en el cual se realiza dicha acumulación flexible y en el cual se “asegura” la lucha de clases. En términos foucaultianos, por su parte, la lectura de Harvey y su vínculo con las nociones de Deleuze y Guattari nos permite proponer que cualquier racionalidad globalizada debe poder articular estas dos lógicas: la lógica *desterritorializante* del capital, de su abstracción y de la circulación (circulación del capital, de las mercancías y de los hombres) y la lógica *reterritorializante* que asegure la supervivencia del modo de producción capitalista.

Sin embargo, si nos tomamos en serio el recurso a las nociones de *desterritorialización* y *reterritorialización* de *El Anti-Edipo*, debemos superar la noción de territorio acotada por Harvey recuperando, al mismo tiempo, el vínculo entre territorio y poder expuesto por Foucault en la citada entrevista del '76. Para Harvey, la lógica territorial sigue respondiendo a la noción clásica marxista de un Estado capturado por la burguesía. Más aún, al aplicar esto a la racionalidad neoliberal debemos identificar que también ella sigue arraigada en el *Estado-nación*. Tanto para Foucault como para Harvey, el rol del gobierno en una política neoliberal consiste en asegurar las condiciones más propicias para la libre competencia. Desde esta perspectiva, el capitalismo actual no sería más que una extrema “internacionalización” de los mercados, proceso que seguiría dependiendo de los Estados-nacionales como principal marco regulador del mercado.

Una *racionalidad política global*, por el contrario, debe superar este vínculo entre *territorio* y *Estado-nación*. El desarrollo del capitalismo y de sus modos de producción parece exigir una disociación conceptual entre ambos términos: en determinado momento histórico, la burguesía debió capturar al *Estado-nación* como marco regulador, como territorio, en el cual llevar a cabo la acumulación capitalista y la expropiación de la plusvalía. Para ello el aparato estatal, tanto

³ En una nota al pie de página, el editor del curso de Foucault escribe: “la palabra *máquina* parece ser del propio Foucault. ¿Se tratará de una alusión o un guiño a Gilles Deleuze y Félix Guattari, *El Anti-Edipo*?” (Foucault, 2007: 262n).

con sus dispositivos *policiales* como *biopolíticos*, ha estado al servicio de asegurar las condiciones de posibilidad del libre mercado. Pero el propio desarrollo expansivo y desterritorializante del capital exige de una superación de esta superposición entre Estado-nación y territorio. Harvey tiene razón al otorgar tal importancia a la geografía y al territorio para los procesos de reproducción capitalista. Sin embargo, su error consiste en reducir el territorio al Estado-nación. La hipótesis de Harvey sigue acotándose a una racionalidad neoliberal, precisamente porque no es capaz de pensar un territorio diferente del *Estado-nación*.

En la mencionada entrevista acerca de la geografía, Michel Foucault define el territorio como aquel espacio jurídico-político en donde una relación de poder produce cierto saber, y donde cierto saber ejerce un determinado poder (Foucault, 1999: 318). De esta definición podemos concluir que en el estado actual de desarrollo capitalista, en el cual la expansión del mercado se torna global, *territorio* y *Estado-nación* parecen dissociarse. En el nuevo estado de cosas, el *territorio* puede corresponder a una región, a una ciudad, a un área específica, etc. Lo importante es que exista una racionalidad política que estimule y facilite la circulación de mercancías y de trabajadores entre estos territorios.

VI. Capitalismo mundial integrado

La teoría geográfica de Harvey y su interpretación a través del marco metodológico foucaultiano me ha permitido acotar la doble lógica de una posible *racionalidad política global* (lógica abstracta y lógica territorial), permitiéndome, además, dissociar la noción de territorio de la de *Estado-nación*, para superar así cualquier intento por seguir comprendiendo el estado actual del capitalismo desde la racionalidad política neoliberal. Más aún, esto me ha permitido vincular la doble lógica del capitalismo con las nociones de *desterritorialización* y *reterritorialización* forjadas por Deleuze y Guattari en su libro *El Anti-Edipo*. A la luz de todo lo anterior, es interesante revisar brevemente las hipótesis de este libro y complementar de este modo las características de una posible *racionalidad política global*.

En el capítulo tercero de *El Anti-Edipo*, los autores proponen que toda sociedad (o “máquina social” como prefieren llamarla) posee como objetivo central “codificar los flujos” que la componen. La máquina social debe, para producir y mantener un orden estable, codificar los flujos sobre los que se construye: “La máquina social tiene como piezas a los hombres, incluso si se los considera con sus máquinas, y los integra, los interioriza en un modelo institucional a todos los niveles de la acción, de la transmisión y de la motricidad. También forma una memoria, sin la cual no habría sinergia del hombre y de sus máquinas (técnicas)” (Deleuze y Guattari, 2005: 147). Este es el proceso de codificación (o *territorialización*) que define la tarea más importante de toda *máquina social*.

El *capitalismo*, por el contrario, “es la única máquina social que se ha construido como tal sobre flujos descodificados, sustituyendo los códigos intrínsecos por una axiomática de las cantidades abstractas en forma de

moneda" (Deleuze y Guattari, 2005: 145). En este sentido, el capitalismo representa una amenaza para toda *máquina social* que se sostenga sobre la codificación de los flujos: su tendencia desterritorializante acaba con todo elemento social asentado, con toda tradición y toda forma que se resista a ser traducida a sus códigos abstractos. Podemos establecer un vínculo entre esta noción de desterritorialización y el análisis realizado por Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista* respecto del poder revolucionario de la burguesía:

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales le precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás (Marx y Engels, 2005).

Creo que la definición del carácter revolucionario de la burguesía realizado por Marx y Engels en 1848 ilustra de manera ejemplar lo que Deleuze y Guattari intentan acotar con la noción de *desterritorialización*. Para los autores de *El Anti-Edipo*, la desterritorialización del capitalismo se produce por el encuentro de dos flujos descodificados: "El capitalismo nace del encuentro entre dos clases de flujos, flujos descodificados de producción bajo la forma del capital-dinero, flujos descodificados del trabajo bajo la forma del trabajador libre" (Deleuze y Guattari, 2005: 39). La identificación de este doble flujo, reconocen los autores, también se remonta al análisis marxista del capitalismo: "En el centro de *El Capital* Marx muestra el encuentro de dos elementos *principales*: de un lado, el trabajador desterritorializado, convertido en trabajador libre y desnudo, que tiene que vender su fuerza de trabajo; del otro, el dinero descodificado, convertido en capital y capaz de comprarla" (Deleuze y Guattari, 2005: 232). Al igual que en el análisis de Harvey, nos encontramos con una noción del capital como "equivalente general" capaz de traducir cualquier objeto real a su propio código abstracto.

Pero tal como reconoce Harvey, esta "lógica abstracta" depende de una "lógica territorial" que impida que la tendencia desterritorializante del capitalismo aniquile su propio proceso de reproducción. De modo simultáneo, el capitalismo requiere de un proceso de reterritorialización que asiente los códigos abstractos y "realice" con ello la expropiación de la plusvalía:

En *El Capital*, Marx analiza la verdadera razón del doble movimiento: por una parte, el capitalismo no puede proceder más que desarrollando sin cesar la esencia subjetiva de la riqueza abstracta, producir para producir, es decir, la producción como un fin en sí, el desarrollo absoluto de la productividad social del trabajo; pero, por otra parte y al mismo tiempo, no puede hacerlo más que en el marco de su propio fin limitado, en tanto que modo de producción determinado, producción para el capital, valoración del capital existente, etc. Bajo el primer aspecto, el capitalismo no cesa de superar sus propios límites, desterritorializando siempre más lejos, dilatándose en una energía cosmopolita universal que trastoca toda barrera y todo lazo; pero, bajo el segundo aspecto, estrictamente complementario, el capitalismo no cesa de tener límites y barreras que son interiores, inmanentes, y que, precisamente porque son inmanentes, no se dejan sobrepasar más que reproduciéndose a una escala ampliada (siempre más reterritorialización, local, mundial, y planetaria) (Deleuze y Guattari, 2005: 267).

Según Deleuze y Guattari, en un primer momento de acumulación capitalista, el *Estado* regulaba los procesos de descodificación. Por ello, era fundamental para el éxito del modo de producción capitalista capturar al aparato de *Estado* para asegurar sus procesos de reterritorialización (Deleuze y Guattari, 2005: 260). Sin embargo, la propia lógica expansiva del capitalismo ha llevado sus límites más allá del *Estado-nación*, y ha hecho ingresar el capitalismo a un nuevo estadio de desarrollo.

En un ensayo de la década de los '80, Félix Guattari define este nuevo estado con el nombre de "capitalismo mundial integrado". Escribe Guattari: "El capitalismo contemporáneo puede ser definido como *capitalismo mundial integrado*: 1. Porque sus interacciones son constantes con países que, históricamente parecían habersele escapado. 2. Porque tiende a que ninguna actividad humana, en todo el planeta, escape a su control" (Guattari, 1989: 37). Podemos decir que mientras la primera de estas características corresponde a una expansión "extensiva" del capitalismo que busca abarcar nuevos territorios geográficos, la segunda corresponde a una expansión intensiva, es decir, si bien abarca nuevos "territorios", estos no son necesariamente territorios geográficos, sino territorios en una acepción más amplia –tal como lo define Foucault, el territorio como el lugar de la relación poder-saber–. El *capitalismo mundial integrado* se caracteriza por este doble movimiento: expansión territorial por un lado, y expansión desterritorializada, por el otro.

Volviendo a los presupuestos de las *tesis escépticas* descritos por Held, podemos decir que la expansión extensiva del capitalismo corresponde a su fase *imperialista*: el capitalismo, movido por su afán expansionista, se extiende sobre la totalidad geográfica del planeta. Pero este afán expansivo choca en determinado momento con la *finitud* del planeta. Esta *clausura*, dirá Guattari, exige de una nueva fase de expansión, la expansión intensiva: "El capitalismo, al no estar ya en una fase expansiva a nivel geopolítico, debe reinventarse sobre los mismos espacios" (Guattari, 1989: 43). Este nuevo *sistema general de*

segmentaridad se levanta sobre la *integración desterritorializada* de todas las actividades “vitales al código abstracto del capital” (Guattari, 1989: 45). En este sentido, el *Capitalismo mundial integrado* representa una nueva fase del imperialismo, superando así la *tesis escéptica de la globalización* según la cual hoy en día habitamos simplemente una continuación de la “internacionalización del mercado” propia de la edad dorada del imperialismo clásico (Held, 1999: XXXV). Escribe Guattari: “Fin, pues, de los capitalismos territorializados, de los imperialismos expansivos y paso a imperialismos desterritorializados e intensivos” (Guattari, 1989: 42).

Ahora bien, ¿qué caracteriza a este *capitalismo intensivo*? En primer lugar, debemos insistir en que la lógica desterritorializante del capital exige de una simultánea reterritorialización para la reproducción del orden social. El propio Guattari recalca este punto: “El capital económico, expresado en lenguaje monetario, descansa siempre, en última instancia, sobre mecanismos de evaluación diferencial y dinámica de poderes enfrentados en un terreno concreto” (Guattari, 1989: 59). La lucha de clases, tal como había reconocido Harvey, se lleva a cabo en un territorio determinado. La diferencia con Harvey, sin embargo, es que Guattari no asocia territorio con *Estado-nación*.

En este nuevo marco, el *Estado-nación*, dice Guattari, “es todo y nada a la vez”: “en el contexto del capitalismo mundial integrado, podemos considerar que los poderes centrales de los Estados-naciones son a la vez todo y nada. Nada o poca cosa con respecto a una eficiencia económica real; todo o casi todo con respecto a la modernización y al control social” (Guattari, 1989: 74). Dado que el capitalismo vive un proceso de expansión intensiva, abarcando todo aspecto de la actividad humana, los procesos de coerción y de reterritorialización deben buscar mecanismos cada vez más complejos de control social. Ya no basta con que el poder considere al “pueblo” como algo externo que debe mantener controlado en cuanto “masa informe”. Ahora es necesario que los dispositivos de individuación ingresen en esa masa hasta la esfera subjetiva de cada uno de sus integrantes. Como proponen los autores en *El Anti-Edipo*, “cuanto más desterritorializa la máquina capitalista, descodificando y axiomatizando los flujos para extraer su plusvalía, tanto más sus aparatos anexos, burocráticos y policiales vuelven a territorializarlo todo absorbiendo una parte creciente de plusvalía” (Deleuze y Guattari, 2005: 41). El capitalismo, mientras más progresa en su lógica desterritorializante, mayores esfuerzos debe hacer para asegurar la recodificación de los códigos bajo su propia axiomática. Es así como aparecen los *dispositivos de subjetivación* como el nuevo mecanismo de administrar los códigos abstractos del capital: la subjetividad, argumenta Guattari, aparece como el nuevo territorio en donde se juega la lucha entre la lógica abstracta y la lógica territorial del capitalismo: “El capitalismo se apodera de los seres humanos desde su interior [...] recreándolos por sí mismo, redefiniéndolos en función de sus propios criterios” (Guattari, 1989: 78). De este modo, concluye, el poder encuentra mecanismos de reterritorialización que permiten “integrar directamente al trabajo funciones perceptivas, afectos, comportamientos inconscientes, [con los cuales] el capitalismo toma posesión de una fuerza de trabajo y de deseo que sobrepasa considerablemente la de las clases obreras en su acepción sociológica” (Guattari, 1989: 79).

Volvemos entonces a la hipótesis central de *El Anti-Edipo*. El complejo de Edipo no es, como formula Freud, una estructura universal del animal humano. Por el contrario, el complejo de Edipo es un dispositivo de subjetivación que puede ser rastreado histórica y materialmente. De este modo, el vínculo entre *psicoanálisis* y *capitalismo* se levanta sobre la función que Edipo cumple, al interior de este determinado modo de producción, en cuanto dispositivo de reterritorialización de los códigos que la misma lógica abstracta del capital ha decodificado. Edipo aparece entonces como un fenómeno históricamente determinado, cuya función es operar como dispositivo de reterritorialización del capitalismo. Para Deleuze y Guattari, Edipo es la bisagra entre la lógica abstracta del capital y su demanda de una lógica territorial. Pero ya no se trata de un territorio geográfico, sino de la propia subjetividad como territorio de expansión del capital. Este territorio, a diferencia del planeta, no es finito, sino que se torna infinito a partir de su subsunción en la lógica edípica que define el deseo desde la *carencia infinita*. La tendencia del capitalismo hacia la desterritorialización exige de una permanente reinvencción de sus límites, “Edipo es este límite desplazado o interiorizado, el deseo se deja prender de él. El triángulo edípico es la territorialidad íntima y privada que corresponde a todos los esfuerzos de reterritorialización social del capitalismo” (Deleuze y Guattari, 2005: 274). Al vincular el deseo a la ley y a la carencia, Edipo se territorializa en una subjetividad integrable infinitamente por los procesos de expansión intensiva del capital. El diagnóstico de esta subjetividad edipizada parece plausible si consideramos el rol que el “consumo” ha adquirido en la reproducción de la plusvalía en el capitalismo global.

Como vemos, es posible identificar, a partir del desplazamiento desde Harvey hacia Deleuze y Guattari, ciertas características de una racionalidad política global. En primer lugar, debemos identificar la tensión entre la lógica territorial y la lógica abstracta del capital: todo proceso de reproducción capitalista tiende a la expansión y a la desmaterialización, pero exige simultáneamente de una reterritorialización que asegure la expropiación de la plusvalía. Esta hipótesis podemos encontrarla ya en Harvey y en su teoría del *desarrollo geográfico desigual*. Sin embargo, la limitación central de dicha teoría consiste en que no hace una distinción entre Estado-nación y territorio: para Harvey, la lógica territorial sigue anclada en el rol que el Estado nacional pueda tener para la administración de las condiciones del mercado, aun cuando hablemos de un mercado global. Desde esta perspectiva, seguiríamos hablando de una racionalidad política neoliberal. Pero al desplazar la teoría de Harvey y su doble lógica del capital hacia las nociones de desterritorialización y reterritorialización de Deleuze y Guattari, podemos desvincular la noción de territorio de la de Estado-nación. Este vínculo fue necesario en un primer momento de acumulación capitalista, pero dado el estado actual de evolución de dicha acumulación, sus propias lógicas le han exigido expandirse hacia nuevos territorios. La subjetividad es identificada por estos autores como el nuevo suelo sobre el cual los dispositivos del poder se han concentrado, y en la cual los mecanismos de edipización del deseo aseguran la reproducción infinita de la carencia y, por ende, de los procesos de integración intensiva capaces de reproducir la plusvalía hasta el infinito.

Bibliografía

- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. (2005). *El Anti-Edipo*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, Michel. (1999). "Preguntas a Michel Foucault sobre la geografía" en *Escritos esenciales* Vol. II. Barcelona: Paidós.
- ____ (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- ____ (2009). *Seguridad, Territorio, Población*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Guattari, Félix (1989). *Cartografías del deseo*. Santiago: Francisco Zegers Editores.
- Harvey, David (2004). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- ____ (2006). *Spaces of Global, Towards a Theory of Uneven Geographical Development*. London: Verso.
- ____ (2010). *The enigma of capital*. London: Profile Books.
- Held, David. (1999). *Global Transformations, Politics, Economics and Culture*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Marx, Karl y Friedrich Engels. (2005). *El manifiesto comunista*. Madrid: Alianza.